

Hay una luz desmemoriada y sepia, una luz prácticamente imposible que es la que consigue Juan Heredia con sus plumillas, luz trigueña donde se posan sus dibujos hechos como de azúcar quemada. Desmemoriada digo porque no nos recuerda a nosotros como habitantes, ni siquiera recuerda a los automóviles, con lo que además consigue ser una luz limpia y no contaminante. Él me dice que la consigue con tinta china del número quince rebajada en agua, pero como su respuesta no me convence, tengo que inventarme yo otra. Creo que más bien son las ninfas que habitan en los tinteros quienes le han concedido a Heredia su petición de saber pintar rincones entrañables en sepia, porque a las ninfas de gloriosos cuerpos desnudos y cabellos sueltos les gusta la belleza y por eso encienden en secreto la ciudad para Juan a una hora indeterminada entre el final de la noche y el principio del día, una hora sepia donde Cartagena está deshabitada sólo para que él la pinte. Y el resultado a ellas les gusta tanto, que algunas veces entre alborotadas contemplaciones de aprobación, se les hace tarde observando a Heredia tirar líneas con escuadra y cartabón, y por eso se les cuelan las primeras manchas celestes que indican la tardanza tan imprudente para con los demás. Entonces las ninfas regresan al tintero cogidas por la mano y el celeste deja paso al desvarío urbanita con sus ruidos y sus habitantes, cuestión que deshace el sepia hasta una próxima jornada de trabajo. Heredia hace brotar de su pipa humo blanco y aromático, mientras lanza una mirada siempre crítica contra su universo pintado en una continua inactividad en movimiento, un día más ha conseguido atrapar en el papel esa arquitectura magnífica con su pátina, su moho y sus rótulos comerciales, la que ha rescatado desde la panorámica del saberse colocar, pretendiendo darnos a conocer la ciudad, porque a veces no la vemos, simplemente caminamos por ella, restándole así importancia a la filigrana constructiva y emblemática que ya no olvidarán quienes tengan el privilegio de entender el silencio desprendido de una obra suya, porque en las plumillas de Juan Heredia siempre es adviento.

Ignacio Borgoños. Escritor.